

SUMARIO

PRESENTACIÓN	Capitalismo del conocimiento: discusiones sobre una era en la historia del capitalismo	7
ERNESTO DOMÍNGUEZ LÓPEZ		
NICO STEHR	Knowledge capitalism: The legal enclosure of intangibles	17
MARCOS MACHADO CRUZ	La transición hacia la economía del conocimiento en Alemania durante el periodo 1990-2020	49
MANUEL ALEJANDRO GUERRERO CRUZ	Quo vadis, India? La evolución del capitalismo en India en el sistema-mundo en la etapa del capitalismo del conocimiento. Rasgos, tendencias y desafíos	87
MAREK HRUBEC	Interacciones mundiales de EE.UU. con su aliado y su rival. La era de las consecuencias del capitalismo del conocimiento	109
CARLOS JAVIER PEGUERO ORTA	El trumpismo dentro de los marcos del capitalismo del conocimiento	139
SYED HASSAN SEIDA BARRERA RODRIGUEZ	Knowledge Capitalism: Crypto Legalism and the Cuban case	173
CARLOS LUIS HECHAVARRIA CABRERA	Capitalismo del conocimiento y dependencia en América Latina y el Caribe (2000-2019)	197
CARLOS SÁNCHEZ ENRIQUE ROIG	Return to nature in Latin America: Challenges of big data and artificial intelligence for Latin America integration in the transition from Knowledge Capitalism to post – humanism	229
ESTUDIOS		
WILLIAM I. ROBINSON	¿Puede resistir el capitalismo global?	249
H. C. F. MANSILLA	En cuestiones ecológicas no hay que sucumbir ante las demandas democráticas. Breve ensayo en torno a la irracionalidad humana	283
MARTINA DELICATO	Análisis de las acciones armadas palestinas en Italia a través de la prensa española (1973-1985)	297

El trumpismo dentro de los marcos del capitalismo del conocimiento

Carlos Javier Peguero Orta

Universidad de La Habana

Cuba

Resumen: Un estudio sobre cómo el trumpismo, en tanto expresión del populismo de derecha, surgió y se fortaleció como resultado de la conformación y consolidación del capitalismo del conocimiento en Estados Unidos. El auge de este fenómeno político se entiende como manifestación de las contradicciones y crisis políticas acontecidas en ese país, las cuales fueron consecuencia directa del proceso de transición hacia una nueva era del desarrollo capitalista resultante de las principales transformaciones estructurales del capitalismo acumuladas desde finales del siglo XX y de su crisis desarrollada en el siglo XXI.

Palabras clave: Estados Unidos; Transición; Capitalismo del Conocimiento; Crisis; Populismo.

Trumpism within the framework of knowledge capitalism

Abstract: A study about how trumpism, as an expression of right-wing populism, arose and strengthened as a result of the formation and evolution of knowledge capitalism in the United States. The apogee of this political phenomenon is understood as a manifestation of the political contradictions and crises that took place in that country, which were a direct consequence of the transition process toward a new era of capitalist development as a result of the main structural capitalist transformations accumulated since the final years of the twentieth century and its crisis during the twenty first century.

Keywords: United States; Transition; Knowledge Capitalism; Crisis; Populism.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.686671>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

Introducción

La irrupción de Donald Trump en la escena política en los Estados Unidos propició que las propuestas racistas, xenófobas, proteccionistas y nacionalistas fuesen recogidas en un estilo de comunicación peculiar. Dicha proyección no sólo encontró lugar en la Casa Blanca, sino que también comenzó a ganar amplia simpatía popular en Estados Unidos. El éxito de Trump se basó en buena medida, en aprovechar el resentimiento acumulado contra el gobierno y las instituciones tradicionales estadounidense, sumado ello a una más amplia crisis de credibilidad y confianza (Diehl y Bargetz, 2024).

Su arribo al poder en 2016 estimuló la emergencia de un radicalismo de derecha, donde entraron diversas tendencias y grupos extremistas, catalizado por la propia narrativa de Trump. La influencia de este discurso en Estados Unidos fue favorecida por la personalidad de Trump, su proyección *antiestablishment*, su capacidad de ser noticia con frecuencia gracias al diestro uso de las redes sociales y su crítica de la corrección política. Más importante aún es que supo dar voz a parte de las principales frustraciones y desgaste de varias generaciones, así como el lenguaje apropiado para expresarlo (Coles, 2017).

Sin embargo, el surgimiento y arraigo de lo que se he denominado como *trumpismo* deben entenderse dentro de los marcos de procesos de mayor alcance. Las primeras décadas del siglo XXI fueron escenario la guerra contra el terrorismo iniciada por la administración de George W. Bush en Estados Unidos, la recesión económica que comenzó en 2007 y, en años más recientes, la pandemia de COVID-19. A ellos se unen la crisis ambiental, conectada de forma directa con el problema de la matriz energética, las crisis políticas que se han observado a lo largo de todo el planeta y los cambios en la correlación de fuerzas en el sistema internacional.

Durante este período se detectaron transformaciones y crisis experimentadas por Estados Unidos y el sistema capitalista global. Esto se correspondió con una transición histórica. En esta nueva fase de desarrollo del capitalismo, el elemento más distintivo fue la conversión del conocimiento en la principal mercancía y factor de producción, lo cual se tradujo en un incremento notable de su contenido en la producción social. Esta era ha sido calificada como capitalismo del conocimiento (Stehr, 2022). El trumpismo, en tanto manifestación del populismo de derecha en Estados Unidos, debe ser interpretado dentro de los procesos de cambio acontecidos durante esa transición.

El objetivo general del presente artículo es explicar la emergencia del trumpismo como parte del populismo de derecha dentro de los marcos de consolidación del capitalismo del conocimiento en Estados Unidos. Este fenómeno

será entendido como una ideología política que combina los postulados populistas típicos con los de la derecha. Está asociado, aunque no de forma exclusiva, con posturas ultraconservadores, reaccionarias, nacionalistas, supremacistas, antiglobalistas, nativistas, anti inmigración y xenóforas. Rechaza el estado de bienestar, al cual considera un modelo intrínsecamente corrupto, a través de reivindicar fuertes posiciones antiprogresistas y anti igualitarias. Es un concepto con un amplio espectro donde se engloban movimientos o partidos distintos que comparten rasgos y agendas articuladas alrededor de estos elementos comunes.

El epígrafe inicial expone los aspectos teóricos principales del capitalismo del conocimiento como nueva era del desarrollo capitalista. En el segundo epígrafe, se caracterizan las particularidades de esta nueva etapa en los Estados Unidos y se examinan las transformaciones y crisis acontecidas en este país resultado del proceso de transición hacia el capitalismo del conocimiento. En el tercero se explica la evolución del populismo de derecha en Estados Unidos durante el siglo XXI en esta nueva era del desarrollo capitalista. Finalmente, en el cuarto epígrafe se discute el trumpismo como manifestación concreta del populismo de derecha en su contexto histórico.

Los fundamentos teóricos del capitalismo del conocimiento

Desde hace varias décadas, diversos autores han sostenido que el conocimiento se convirtió en el motor de la economía (Drucker, 1969; Stehr, 1994; Ordóñez, 2006). Este fenómeno ha sido calificado como la llegada de la sociedad post-industrial, de la economía del conocimiento o de la sociedad del conocimiento. Las características de esta nueva economía, productora de mercancía-conocimientos, hacen que sea necesario dar cuenta de un sistema de riqueza que algunos calificaron como el fin del capitalismo debido a que las categorías y principios de ese modelo habían perdido sentido (Gascón Muro, 2008).

Sin embargo, otros han señalado que, con la economía del conocimiento, el capitalismo atravesó un proceso de reinención y reconstrucción por medio de convertir actividades concretas en mercancía y capital (Barry, 2011). La economía del conocimiento creó una disyuntiva entre dos objetivos antagónicos. Por una parte, garantizar el uso social del conocimiento, como fuente de riqueza y desarrollo social e individual; y, por otra, asegurar el valor de mercado del conocimiento, en forma de mercancía o como componente de bienes y servicios intensivos en conocimiento. Esto en la práctica se traduce en controlar el conocimiento como recurso económico, lo cual significa restringir

el acceso al mismo para así certificar su escasez relativa y, en consecuencia, transformarlo en mercancía.

El conocimiento está unido de forma indisoluble al trabajo como práctica individual y social transformadora de la realidad, así como a su división en términos de naciones, instituciones científico-educativas, empresas y colectivos de trabajo (Burton-Jones, 2003). Desde este punto de vista, el conocimiento no puede ser entendido como una instancia del procesamiento de información, dígase un «activo» del sujeto individual que «posee» conocimiento separado de la práctica, la cual es entendida como actividad encaminada a un fin resultante en un proceso de conocimiento. En consecuencia, tampoco puede entenderse como un bien público, pues no constituye en sí mismo un bien, sino una actividad teórico-práctica del sujeto social (Isoglio, 2021). Por tanto, puede ser incorporado a través del trabajo en los productos sociales. De esta forma se convierte en conocimiento objetivado, o sea, que no es un bien público sino una mercancía.

A su vez, se hace necesario trascender la idea del conocimiento centrado en las instituciones científico-educativas y en las empresas como sujetos y espacios de su producción, circulación y acumulación encauzados a la constitución de sistemas nacionales de innovación. Se debe colocar en la configuración de las fases históricas de desarrollo económico y social, las cuales conducen a que se constituyan unidades orgánicas entre economía, política, ideología y cultura.

A finales de la década del 60 y comienzos de la del 70 del siglo anterior, diversos expertos postularon la idea del declive de la sociedad industrial y el surgimiento de lo que conceptualizaron como sociedad post-industrial (Touraine, 1971; Illich, 1975; Bell, 1999). Sus obras referentes a esta cuestión coinciden en que se habían consumado cambios a distintos niveles en la configuración del sistema capitalista mundial. Estos autores observaron las repercusiones que había tenido un número de innovaciones científicas y tecnológicas, las cuales vinieron acompañadas de otras transformaciones en las esferas productivas, organizacional y social dentro de la estructura misma del capitalismo y concordaron en la existencia de un tránsito hacia una nueva fase en la evolución del sistema capitalista (Touraine, 1971).

En esta nueva etapa de desarrollo se llevaría a cabo una transformación económica marcada por la transición de la industria manufacturera a los servicios, convirtiéndolos en el principal contribuyente al crecimiento económico. Dicha transformación estaría articulada en torno a estructuras para la capitalización del conocimiento. De igual forma, durante esta etapa detectaron que se produjo un cambio en la jerarquía social, caracterizado por el ascenso de los estratos profesionales (Burton-Jones, 2003).

La denominación de sociedad post-industrial o post-industrialismo es insuficiente. Esta designación se centra en algo que ya no es, no permite identificar qué es lo nuevo que emerge como consecuencia y, además, desconoce la naturaleza misma del modo de producción dentro del cual se lleva a cabo la mencionada transformación (Murphy, 2005). En esta nueva fase de desarrollo de la economía capitalista el elemento distintivo más importante ha sido la conversión del conocimiento en el principal componente de las fuerzas productivas, lo cual se ha traducido en un incremento notable de su contenido en la producción social a partir de la década del 80 del siglo XX (Ordóñez, 2006). Debido a esto, se propone el concepto de capitalismo del conocimiento.

El término capitalismo del conocimiento se emplea para referirse a una era dentro de la historia del capitalismo. Se trata de una transformación del modo de producción capitalista en su conjunto, con el conocimiento como forma clave de capital, e implica una economía política, estructuras social y simbólica específicas, con todas sus variantes dado que existe a nivel de sistema-mundo. Su tesis central gira en torno a entender cómo los altos niveles de creación, mercantilización, distribución y valorización del conocimiento, elevados por adelantos revolucionarios en la ciencia y la tecnología, se han convertido en la característica primordial de esta etapa en la evolución del capitalismo. Por tanto, la generación de valor (y por tanto la obtención de ganancias) está estructurada a nivel de sistema mundo en torno al control del conocimiento capitalizado o del capital de conocimiento.

El calificativo de conocimiento hace referencia al nuevo núcleo de la reproducción de las relaciones de producción capitalistas. La centralidad del conocimiento, como principal fuente de generación de valor y condición del proceso productivo, tuvo sus primeras expresiones hace décadas en los países centrales y, con el paso de los años, se ha ido amplificando a nivel global (Sanabria, 2011). Sin embargo, no ha sido un proceso homogéneo en el tiempo y el espacio, ni ha terminado con la dinámica desigual del desarrollo capitalista. Más bien, el capitalismo del conocimiento es una nueva configuración que emergió de la evolución del capitalismo como modo de producción y que está en directa relación con la reproducción de los *complexus* culturales a nivel de sistema-mundo y en sus diversos componentes¹.

1 El *complexus* cultural es un sistema complejo, abierto, dinámico, con la capacidad de adaptarse y reproducirse a sí mismo formado por sujetos humanos, tanto individuales como colectivos, e integrado por múltiples relaciones de distinto tipo que se reproducen de forma constante de acuerdo a patrones que cambian con el tiempo como parte de la evolución del sistema, lo cual implica una continua resignificación de las identidades del *complexus* y de sus componentes (Domínguez López, 2025).

Lo expuesto anteriormente conlleva, por supuesto, la transformación del marco político-institucional con el objetivo de salvaguardar el control de las élites sobre las industrias clave de acuerdo a la economía política del capitalismo del conocimiento. De igual forma, comprende una redistribución geográfica de los procesos económicos a escala global, en los cuales la producción y el suministro de servicios de alto contenido en conocimiento se aglutinan en los centros del sistema-mundo y la manufactura se traslada hacia regiones semiperiféricas. Este tipo de transiciones son parte integral del funcionamiento del capitalismo, según los modelos propuestos por los autores del análisis de sistema-mundo, particularmente la transición hegemónica (Arrighi, 1994; Arrighi y Silver, 1999).

La producción de conocimiento tiene un alto beneficio social pues constituye un elemento cardinal del desarrollo económico, así como un componente clave en la conformación y crecimiento de las sociedades. Por ello, es preciso promover su difusión para que pueda ser aprovechado por todos. Sin embargo, al ser un producto sustancialmente valioso para el desarrollo económico, en una economía de mercado, su producción y sobre todo su acumulación se ha privatizado y concentrado (Sánchez, 2021). La progresiva importancia del conocimiento en la generación de riqueza dentro de los marcos del capitalismo ha llevado a que sea catalogado como un producto individual más que como un producto social. Esto ha precipitado la privatización del mismo.

La economía del conocimiento, o economía basada en el conocimiento, se articula alrededor de la producción, distribución y uso tanto del conocimiento como de la información (Ordóñez, 2006). Esto supone un cúmulo de características sociales que le imprimen un carácter particular. De hecho, en una economía basada en el conocimiento la propia edificación de la sociedad se establece en la producción, circulación y consumo del mismo.

La perspectiva planteada hasta ahora permite entender que en esta nueva era del desarrollo capitalista la producción y comercialización de conocimiento pasó a ser el núcleo del desarrollo económico. Constituyó un factor decisivo en la organización social y los procesos políticos, con el control sobre los estándares tecnológicos, la información sobre miles de millones de personas naturales y jurídicas, los instrumentos de gestión de información y las plataformas digitales para la comunicación y circulación de contenidos como claves del poder. Estos procesos son determinantes en la reorganización del sistema-mundo según una nueva división internacional del trabajo.

Esta profunda transformación estructural tuvo repercusiones en todas las dimensiones de los complexus culturales.

Las industrias de servicios intensivos en conocimiento y las industrias intensivas en conocimiento tomaron el liderazgo del sector de producción de bienes y servicios. Los mercados financieros se expandieron mucho más rápido que la economía real. Las corporaciones cambiaron sus modelos de negocios y subcontrataron una gran parte de sus operaciones. Esto indicó la ocurrencia de una distribución espacial de los procesos productivos y una profunda reorganización de las cadenas de valor. El capital siguió un patrón de acumulación en el cual la manufactura ya no se concentró en los centros de poder y dejó de ser el rasgo definitorio del modelo de producción. Una transformación de esta magnitud sólo pudo suceder a través de la reorganización del sistema-mundo. Todo ello acompañado por altos niveles de deslocalización industrial, automatización y financiarización, fortalecidos por la expansión y perfeccionamiento de los medios digitales para la gestión de esos mercados y la comunicación instantánea.

El declive relativo de la industria manufacturera en los centros tradicionales es un elemento importante dentro de todo este proceso. El número de empleos en ese sector sufrió una dramática disminución. Este declive se debe en gran medida al deterioro de las manufacturas donde los sindicatos tuvieron una fuerte presencia. La reducida capacidad de los trabajadores para influir en la formulación de políticas disminuyó la posibilidad de que se concibiesen políticas pro-empleo, lo cual facilitó la aplicación de políticas pro-élites y anti sindicatos. Esto se tradujo en detrimento de la capacidad de los obreros para negociar y en una pérdida de confianza en la utilidad de los sindicatos que contribuyó aún más a su debilitamiento. Una consecuencia inmediata del declive de la clase obrera industrial es el crecimiento sostenido de la desigualdad económica.

La notable pérdida de empleos en las manufacturas, la fractura del mercado laboral, la disminución de los salarios y los beneficios, y la pérdida de seguridad laboral a lo largo de varias décadas fueron una compleja forma de ajuste de las relaciones laborales que ocurrieron como parte de una transición entre eras del modo de producción. No fue un fallo de los mercados ni una distorsión de la economía, sino un componente inherente del proceso.

Como resultado de todo lo anterior, emergieron nuevas demandas de diverso signo político orientadas hacia la recuperación de estatus de considerables segmentos de la población en este nuevo contexto. Dichas demandas, en la práctica, dejaron al descubierto la insuficiencia de instituciones y modelos existentes para gestionarlas, los cuales atravesaron por un proceso de erosión y pérdida de legitimidad. Amplios sectores de la población responsabilizaron a las instituciones políticas tradicionales de la crítica situación en la que se

encontraron y su frustración hacia el sistema existente continuó en aumento cuando percibieron que sus malestares no hallaron solución e incluso, en muchos, casos se agravaron. Todo esto conllevó a una fuerte reacción por parte de la ciudadanía que se tradujo en una fractura de los consensos y una evidente crisis política. En consecuencia, surgió la necesidad de nuevos modelos de funcionamiento.

Estas tensiones, a su vez, se manifestaron en diferentes fenómenos como el populismo en distintas zonas del espectro político. Esto es consistente con criterios que muestran que el populismo surge o resurge en contextos de crisis, producto del descontento de sectores que se consideran afectados por el orden social y político de una sociedad específica en un momento histórico concreto (Canovan, 1981; Taggart, 2000; Mudde y Rovira-Kaltwasser, 2017). Otros acercamientos concuerdan en que, si bien las causas de los ciclos de auge del populismo son complejas, existen dos factores que por lo general son aceptados: inseguridad económica y una violenta reacción cultural (Mudde, 2007; Van Hauwaert y Van Kessel, 2018; Noury y Roland, 2020). Las condiciones para la emergencia del populismo no se establecen de forma repentina, sino que se acumulan en el tiempo y son visibilizadas por acontecimientos específicos, los cuales actúan como catalizadores. Un ejemplo de ellos son las crisis estructurales, que se corresponden con los procesos de realineamiento político.

Debido a todo lo analizado hasta aquí, se puede afirmar que la transición hacia el capitalismo del conocimiento, como cambio estructural, es relevante para analizar la emergencia del trumpismo como manifestación clara del populismo de derecha. Esa transición cambió las condiciones de existencia de la población en general y generó contradicciones y demandas que excedieron las capacidades de gestión de esos arreglos institucionales.

Capitalismo del conocimiento en Estados Unidos: transición y transformaciones estructurales

Peter Drucker aseveró en el año 1969 que la estructura económica de los Estados Unidos había transitado de la producción y distribución de bienes a la producción y distribución de conocimiento. Esto se tradujo en que se estaba convirtiendo en una economía del conocimiento. Para 1955, las industrias del

conocimiento² representaban la cuarta parte del producto interno bruto del país, mientras que en 1965 comprendían un tercio (Drucker, 1969). En el año 2007, la manufactura contribuía solo el 12,8 % del PIB de Estados Unidos. Por otro lado, la producción de conocimiento y los servicios con alto contenido en conocimiento tributaban el 57 % del PIB ese mismo año (Bureau of Economic Analysis, 2017). El grueso del porcentaje restante correspondía a servicios tradicionales. Estaba claro que esta no era ya una economía industrial, sino una economía del conocimiento.

Un elemento fundamental en este proceso fue la deslocalización industrial. Esto no es más que el desplazamiento de la producción manufacturera a territorios periféricos, en busca de exenciones fiscales, mano de obra más barata y menores costos. Esto se llevó a cabo a través del *offshoring* y el *outsourcing*. Estos cambios condujeron al surgimiento de las maquilas en América Latina y la industrialización de países asiáticos como Corea del Sur, Taiwán, Tailandia, Malasia, Singapur y China (Sánchez, 2021). Por supuesto, cada uno de ellos con condiciones disímiles, diferentes grados de intervención estatal y niveles de desarrollo desiguales. El grueso de esa producción tuvo como destino el mercado estadounidense. Las instituciones científicas y educativas pasaron a ser elemento consustancial de una red que produce valor económico de forma directa a partir de la década de 1960 (Gascón Muro, 2008). Esto derivó, a su vez, en un cambio en las percepciones de los actores políticos y determinó la evolución de las instituciones. Como consecuencia, el conocimiento se convirtió en mercancía, como bien de capital y bien de consumo. Ahora sería considerado algo esencial para el modo de producción.

Un ejemplo de la transformación, con sustanciales repercusiones sociales, son los servicios de salud, los cuales son considerados como una industria. En el período 1960-2018, su contribución al PIB subió del 5,01% a 17,73%. En contraste con el resto de países desarrollados, los servicios de salud en Estados Unidos son financiados por un conglomerado de aseguradores privados y programas federales, estatales y locales, dirigidos a proveedores diversos e integrados en múltiples redes, en gran medida desconectadas. Estos pasaron de suministrar el 27,55 % de los gastos en salud, al 74,78 % en el año 2018 (National Health Expenditure). En suma, el crecimiento y desarrollo del sector de la salud vino aparejado por un cambio en su estructura interna que

2 Las industrias del conocimiento, término propuesto por el economista austro-estadounidense Fritz Machlup en 1962, son aquellas que dependen particularmente o se basan en el uso intensivo del conocimiento para generar ingresos. Algunas de estas industrias que se incluyen dentro de esta categoría son la educación, las finanzas, la tecnología de la información, los servicios de salud y las comunicaciones.

lo transformó en una industria controlada por las aseguradoras privadas y grandes cadenas de hospitales. Este desarrollo ocurrió a la par con una política de desregulación y disminución de impuestos a corporaciones y personas de altos ingresos, puesta en vigor de forma sostenida a partir de la década de los 80. Las políticas del *reaganomics* implementadas durante la presidencia de Ronald Reagan fueron un factor clave de este proceso (Gerstle, 2022). Esta estrategia, según su artífice, liberaría las capacidades creativas y productivas de cualquier limitación y la riqueza generada, por tanto, fluiría desde la cima hacia abajo. Esta es la conocida teoría del derrame. De igual forma, promovió la desregulación del mercado laboral y la supresión de los sindicatos.

En paralelo, las décadas más cercanas fueron testigo de un extensivo trabajo legislativo destinado a certificar el control sobre los derechos de propiedad intelectual por parte de empresas e individuos, a través de protecciones contra los duplicados independientes. Esto significó una expresión directa de la importancia del conocimiento en la nueva era de desarrollo capitalista. Ejemplos de esto fue la Ley de Derechos de Autor de la Era Digital de 1998, la Ley de Reforma de Derechos de Autor, Regalías y Distribución de 2004 y la Ley de Priorización de Recursos y Organización para la Propiedad Intelectual de 2008³.

La Ley de Modernización de los Servicios Financieros de 1999 eliminó las restricciones que quedaban al funcionamiento de la banca y facilitó la fusión de los bancos comerciales con los bancos de inversiones. Esto les otorgó a los primeros el rol de proveedores de activos para la especulación, a través de la titularización de las deudas de sus clientes. Permitió a los holdings bancarios crear filiales o adquirir empresas dedicadas a la suscripción o negociación de valores. El resultado fue la financiarización extrema de la economía. Para ilustrar, en el año 2008, el total de activos financieros en Estados Unidos correspondía al 442 % de su PIB por su valor monetario (Vasapollo y Arreola, 2010). Una porción considerable de ello se originó como resultado de la aplicación de formas modernas de ingeniería financiera que crearon derivados complejos, lo cual atrajo la atención de múltiples inversores.

Esos mercados revisten importancia pues han sido fuente de financiamiento para el funcionamiento de las empresas y el Estado. Lo han hecho a partir de la comercialización de bonos, acciones y otros activos o de la participación en la comercialización de derivados. Grandes cantidades de capital generadas por países con superávit fueron absorbidas por el déficit comercial y presu-

3 Estas tres leyes pueden ser consultadas en el sitio web de la Oficina de Derechos de Autor de los Estados Unidos Véase en <https://www.copyright.gov/>

puestario estadounidense a través de esos mercados. De esta forma, favorecieron el sostenido aumento de los créditos al consumo, el detrimento del ahorro nacional y el apalancamiento (Hodgson, 2015). En consecuencia, se produjo la aceleración de la circulación de capitales, la sobreacumulación en algunos bancos, la búsqueda de formas más nuevas e inmediatas de poner fondos en circulación y el incremento de la especulación. La secuela más evidente fue la formación de burbujas en diversos sectores, favorecidas por la gran disponibilidad de créditos al consumo mediante hipotecas, tarjetas de crédito y otros mecanismos que, a su vez, condujeron a un aumento de los precios (Gerstle, 2022).

Se implementó, por ende, una nueva división internacional del trabajo. En ella, la distribución espacial de los procesos productivos siguió las líneas de las ventajas competitivas de una u otra región, las facilidades para la actividad de las empresas, el grado de concentración de la demanda o de la fuerza de trabajo y las capacidades de generación de conocimiento (Barry, 2011). Todo estuvo conectado a una economía financiera altamente especulativa y en expansión. La generación de valor se produjo a través del encadenamiento de procesos específicos localizados en regiones y países distintos, mientras que el consumo final estaría situado en otros países y regiones (Behling, Ciccía, Ó Riain, y Flaherty, 2015). Todo con instrumentos financieros que acrecentaron y distribuyeron el riesgo a nivel global.

La desindustrialización relativa en Estados Unidos fue al unísono con la automatización de la manufactura remanente (Autor y Dorn, 2013). Una porción considerable de los obreros de las cadenas de producción masiva del modelo fordista-taylorista pasaron a ser redundantes. Esto representó una transformación del mercado laboral donde se crearon espacios para nuevos sectores y la decadencia de otros. De igual forma las redes de seguridad para los trabajadores se limitaron y extenuaron cada vez más. A su vez, los fondos de pensiones privados se convirtieron en inversores institucionales y quedaron a merced de los vaivenes de los mercados financieros (Domínguez López, 2022). El resultado fue la quiebra del mercado laboral. La oferta para sectores intermedios, los cuales eran ocupados en el período de posguerra por obreros industriales y trabajadores de servicios tradicionales, sufrió una contracción dramática.

Las grandes compañías emplearon cada vez menos trabajadores pues sustituyeron la fuerza de trabajo tradicional por trabajo subcontratado. La evidencia indicó que este cambio estructural redujo los salarios y beneficios de los trabajadores (Dorn, Schmieder & Spletzer, 2018). Para la empresa, contratar servicios laborales representa la externalización de una serie de costos y ries-

gos laborales (Davis, 2016). Los trabajadores no solo vieron disminuir sus ingresos y beneficios, también perdieron capacidad de negociación: esta práctica creó una estructura de varias capas y redujo su posibilidad de organizarse. El declive se asoció con la fricción generada por la imposibilidad de transferir el conjunto de habilidades de los sectores que se contrajeron hacia los sectores en expansión, la insuficiente compensación en los trabajos disponibles, el diferencial de prestigio social negativo entre los trabajos perdidos y los trabajos disponibles y el reducido acceso a instalaciones de cuidado infantil diurno a precios módicos.

Una consecuencia inmediata del proceso aquí descrito fue un crecimiento sostenido de la desigualdad. Esta incluyó diferencias en el acceso a la educación y a la sanidad, el declive de las tasas de propiedad de vivienda y el deterioro de las condiciones sociales en el fondo de la jerarquía social (Gordon, 2016). El racismo estructural moldeó la desigualdad a lo largo de varias comunidades, complicándose esto por la propia segregación espacial (Arun-del & Hochstenbach, 2020). Más importante aún, la desigualdad implicó una disparidad en la distribución del poder político y, por tanto, una disminución en la capacidad del ciudadano común de influenciar en la política, alejándolos así de los procesos democráticos (Gilens & Page, 2014).

Otro factor que debe tomarse en cuenta es la transformación del modelo corporativo⁴. Las empresas y conglomerados producto de la integración vertical y la economía de escala, alteraron su naturaleza con el despliegue del *outsourcing* (Domínguez López y Barrera Rodríguez, 2024). En muchas instancias renunciaron a la producción directa de bienes y se enfocaron en el diseño y el *marketing*, mientras subcontrataban la producción. En otros casos se subcontrataron servicios laborales a *freelancers* y empresas especializadas. En la práctica esto representa la pérdida de empleos seguros, beneficios sociales, detrimento de la negociación colectiva y el consecuente estancamiento o disminución de los salarios reales. Todo esto ha derivado en que se manejase el criterio de que la corporación clásica ha desaparecido y ha sido reemplazada por otros modelos con métodos maleables de empleo y operación (Domínguez López y Barrera Rodríguez, 2024).

Uno de los resultados inmediatos de todas esas transformaciones analizadas ha sido el incremento mantenido de la desigualdad. Esto es resultado, a su vez, de la transformación del mercado laboral y la erosión de los mecanismos

4 El modelo corporativo es una estructura que define cómo una empresa organiza su dirección, control y relaciones internas. Incluye la creación de políticas, procesos y roles claros para garantizar que las decisiones sean tomadas de manera ética y eficiente, alineadas con los objetivos empresariales.

de redistribución. Existen estadísticas que permiten ilustrar esto. En el año 1929, el 1 % superior de la escala social absorbió el 21,24 % de los ingresos, el decil superior alcanzó el 46,36 %, los deciles del 5 al 9, entendido de forma aproximada como clase media, se quedaron con el 39,41 %, mientras que la mitad inferior solo obtuvo el 13,91 %. La crisis, el New Deal y las políticas de posguerra trastocaron ese panorama. En 1976, la distribución fue, respectivamente, 10,22 %; 33,76 %; 45,69 % y 20,55 %. A partir de ese momento la tendencia se invirtió. En 2019 esos valores fueron, respectivamente, 18,72 %; 45,35 %; 41,14 % y 13,52 %. Por tanto, se aproximaron a los niveles de la década del 20 del siglo pasado. La mitad inferior quedó incluso un poco por debajo de su situación en 1929. En términos de riqueza, la diferencia es aún mayor. El 50 % inferior acumuló entre 0 y el 5 % del total, mientras que el centil superior pasó de 48,24 % en 1929 a 22,30 % en 1976 y a 34,87 % en 2019 (World Inequality Database). Es necesario aclarar que en esas cifras no están incluidos los ingresos adicionales adquiridos en el extranjero y no repatriados, ni la evasión fiscal, lo cual acrecentaría la brecha de forma exponencial. Adicionalmente, la diferencia de ingresos no es solo función de la disponibilidad o no de empleo u otras fuentes de ingreso, sino de la calidad de estos (Piketty, 2014).

Estos procesos fueron catalizados y visibilizados por la llamada Gran Recesión de 2007-2009. El estallido de la burbuja inmobiliaria en 2007 provocó una reacción en cadena que ocasionó la crisis de la estructura especulativa cimentada a partir de la financiarización. También se debe señalar el rol crítico que desempeñó en este suceso la extensa cadena de operaciones no controladas, así como los fraudes y otras formas de corrupción dentro del sistema (Davis, 2016). Todo ello acelerado por la acción de las empresas calificadoras de riesgos. En teoría, estas empresas cumplen la función de calcular el riesgo que involucra la adquisición de bonos y otros títulos. Deberían ser imparciales y objetivas, pero al funcionar como instituciones *for profit* reciben pagos de las empresas que evalúan. Esto supone, por tanto, que su trabajo esté fuertemente condicionado.

Los indicadores económicos mostraron el desplome alarmante de la actividad económica en el bienio 2007-2009, pero también un posterior retorno al crecimiento durante los mandatos presidenciales de Obama. Técnicamente fue la etapa más prolongada de crecimiento sostenido del PIB en la historia de Estados Unidos, sólo detenido por el impacto de la pandemia de COVID-19 (Brands, 2010). Sin embargo, no fue tan simple como eso. Las oscilaciones en la tasa de crecimiento, sobre todo cuando se tuvo en cuenta el PIB real, reflejaron que la mencionada recuperación no fue un proceso estable. Otro indicador clave fue el desempleo. El porcentaje de personas desempleadas au-

mentó a un ritmo acelerado hasta alcanzar un máximo del 9% en el año 2009. Después el porcentaje disminuyó, pero más lentamente. El país sólo alcanzó los niveles precrisis a finales de 2016, pero luego crecieron aceleradamente en 2020, debido a la pandemia (Bureau of Labor Statistics, 2016, 2021b).

La lentitud es un indicador de la cadencia real de rehabilitación de la economía, en especial en lo referido a la recuperación de las fuerzas productivas. De todas esas cifras de desempleados se excluyen las personas que habían dejado de buscar trabajo de forma activa. Estas se designan como «fuera de la fuerza laboral», lo cual influyó en la mejoría de esos porcentajes. La tasa de participación se desplomó con la recesión, pero la tendencia a la reducción fue de más larga duración. Para ilustrar, de un 67 % en 2001, bajó de forma lenta hasta un 66 % en 2007, pero luego aceleró su descenso hasta alcanzar un 62,5 % en 2015. La recuperación se llevó a cabo de forma tardía y lenta, sin alcanzar los niveles previos pues solo llegó a un 63,5 % en el año 2019 y después volvió a caer abruptamente, debido del impacto de la COVID-19 (Bureau of Labor Statistics, 2021a).

La crisis afectó a los pequeños negocios con más fuerza que a las grandes empresas. El número de pequeños negocios creados en la década anterior a la recesión promedió 670 000 al año y alcanzó un pico de más de 715 000 en 2006. Estas cifras se redujeron durante la crisis y alcanzaron un mínimo de 560 000 en 2010 (Bureau of Labor Statistics, 2016b). Los pequeños negocios han sido tradicionalmente creadores de empleos en Estados Unidos; sin embargo, esta condición recibió un duro golpe durante la recesión. Entre diciembre de 2008 y diciembre de 2010 alrededor de 1,8 millones de estos fueron a la quiebra. A esto se le sumaron los masivos despidos. De diciembre de 2007 hasta diciembre de 2009 se perdieron 8.7 millones de puestos de trabajo (Bureau of Labor Statistics, 2009). En la práctica, los pequeños negocios no generaron empleos durante la crisis. En adición, tuvieron que reducir los gastos, detener sus planes de expansión y vieron severamente afectada su capacidad de obtener préstamos y líneas de crédito, condición que se mantuvo hasta mediados de la década de 2010.

La crisis catalizó las demandas de la población por políticas públicas encaminadas a la recuperación de estatus. Como parte de esa dimensión política se produjo la emergencia de nuevas formas de populismo, con exponentes en diferentes franjas del espectro político estadounidense. Estos respondieron a los efectos de la crisis, la pérdida de estabilidad y estatus, el malestar social y la erosión de las instituciones políticas. El surgimiento de esos elementos y su posterior capitalización por parte del populismo de derecha fue posible debido a las condiciones creadas en el *complexus* cultural estadounidense por

la desindustrialización, la financiarización y el aumento de la desigualdad, como componentes del proceso de transición económica analizado.

El fenómeno populista de derecha: el Tea Party y la Alt-Right

La exacerbación del populismo de derecha se produjo en el contexto de la fractura de los consensos y la deslegitimación de las instituciones, consecuencias claras de la crisis política. Este auge respondió a la reacción de segmentos poblacionales ante lo que percibieron como amenazas para su estatus social; dígase, la pérdida de empleos, la disminución de los ingresos y la creciente desigualdad. La base social del populismo de derecha se formó a partir de altos niveles de insatisfacción en sectores ubicados en una posición subordinada en el orden jerárquico. Interpretaron sus afectaciones como la consecuencia del funcionamiento sesgado de las instituciones vigentes en favor de una élite, lo cual generó antipatía contra ese orden de cosas. Esta animosidad produjo interpretaciones dicotómicas de la realidad social que alimentaron el rechazo al orden político existente.

Diversos trabajos han confirmado correlaciones entre la emergencia del populismo de derecha y los efectos de la crisis de 2008 así como las políticas de austeridad que la siguieron, sobre todo su impacto sobre grupos vulnerables (Baccini y Sattler, 2024; Algan et. al., 2019). El fenómeno populista se cimenta en la frustración con instituciones económicas o políticas (Taggart, 2000). Esto se corresponde con la visión de que no se trata sólo de la oposición a la élite o de una decepción respecto al orden social, sino del rechazo a las instituciones políticas; es decir, a la lógica misma de funcionamiento del modelo político existente.

Una manifestación temprana de este fenómeno en el siglo XXI fue el Tea Party. En su desarrollo fueron esenciales los sentimientos extendidos de frustración hacia la clase política estadounidense, a la cual percibían cada vez más alejada del ciudadano medio e inclemente a sus preocupaciones (Berlet, 2019). El movimiento surgió entre finales de 2008 y principios de 2009. En su ascenso fue fundamental la creciente desaprobación entre los estadounidenses de tendencia conservadora de lo que percibieron como el aumento del gasto, de los déficits presupuestarios de la deuda pública y del poder por parte del Gobierno, así como los sentimientos generalizados de frustración porque la clase política estadounidense se haya ido distanciando cada vez más del ciudadano medio y vuelto insensible a sus preocupaciones. Dicha desaprobación se hizo más evidente y se propagó con fuerza con el inicio de la crisis financiera en otoño de 2008. La Administración Bush respondió a la crisis con una serie de intervenciones que fueron percibidas como un aumento sustancial del rol del

Estado en la vida económica (Bacevich, 2009). Esto generó múltiples críticas y una oposición organizada, aunque su cristalización plena se produjo a partir de la elección de Barack Obama como primer presidente negro en la historia del país.

Las primeras manifestaciones de la creciente oposición fueron los resultados de varias votaciones en el Congreso durante el período de septiembre de 2008 hasta diciembre de ese mismo año. Estas coincidieron con el punto máximo del pánico relacionado la amenaza de derrumbe del sistema bancario. En septiembre, la mayoría de los miembros del Senado, así como la mayor parte de los miembros demócratas de la Cámara de Representantes votaron a favor de rescatar al sistema bancario, apoyado por la Administración Bush (Beckert y Desan, 2018). Sin embargo, la mayoría de los miembros republicanos de la Cámara votaron en contra. En diciembre, los republicanos en el Senado también bloquearon el rescate de los tres grandes fabricantes de automóviles de Estados Unidos. Estos resultados constituyeron fuertes rupturas con la Administración Bush. De igual forma, manifestaron el criterio de que el gobierno estaba extralimitándose en su accionar y que obligaba a los contribuyentes a salvar a los banqueros, prestamistas y sindicatos automovilísticos de su propia imprudencia.

La oposición organizada en torno a lo que percibieron como un creciente papel del Estado ganó tracción con la toma de posesión y las primeras propuestas políticas de Obama. Este basó gran parte de su campaña en una propuesta de reforma del sistema de salud que aparecía como una expansión histórica del papel del Estado en ese sector. Los demócratas además presentaron un nuevo y ambicioso régimen regulatorio para toda la energía basada en los combustibles fósiles. Estas políticas, sumadas al aumento del gasto de Bush y los rescates comenzados en 2008, supusieron para sus críticos un alto riesgo de deuda, inflación, impuestos, ralentización del crecimiento económico y límites a la libertad individual para el futuro.

Este contexto contribuyó de forma significativa a la emergencia del Tea Party. Cerca del 90 % de sus integrantes eran blancos, de edad promedio superior a la del país y con sobrerrepresentación masculina. Entre el 26 % y 29 % de ellos eran propietarios de pequeños negocios, unas tres a cuatro veces más que la proporción en la población general. Sobre todo, en sectores como construcción, remodelación o reparaciones. Un número no despreciable trabajaba en tecnología, seguros o bienes inmuebles, mientras que solo un número pequeño eran empleados del sector público, con excepción de las fuerzas armadas. Tenían mayores ingresos y nivel educacional que el promedio nacion-

al, pero al combinar estas últimas dos variables, el nivel de educación era inferior al promedio de las personas con similar nivel de ingresos (Kumkar, 2018).

Debido a las transformaciones estructurales analizadas en epígrafes anteriores, estos sectores sociales consideraron amenazados su seguridad económica y estatus social. El desarrollo de las plataformas digitales que controlan gran parte del comercio de bienes y servicios al por menor, con Amazon como ejemplo más emblemático, destruyó, amenazó o subordinó a una gran parte de esos pequeños negocios. Muchos fueron a la quiebra en un contexto de cambios e inestabilidad del mercado laboral que limitaban considerablemente sus posibilidades de encontrar fuentes de ingresos alternativas, lo cual trajo consigo una pérdida significativa de sus ingresos y un sentimiento de marginalización dentro de la sociedad. En consonancia con la tesis de que la emergencia del populismo está condicionada por la existencia de sectores dentro de la sociedad que se perciben como excluidos o afectados por procesos en desarrollo, esta base social del Tea Party se articuló en torno a un movimiento que consistió en una reacción contra el orden político existente, al cual responsabilizaron de su situación.

El activismo y discurso del Tea Party al principio permaneció heterogéneo. En él se encontraron la crítica al incremento del gasto público, a la propuesta de ley sobre la sanidad, los rescates, regulaciones e impuestos de todos tipos, lo que etiquetaron como socialismo del presidente Obama. También atacaron lo que muchos de sus miembros catalogaron como la transición de Estados Unidos hacia un modelo económico socialdemócrata asociado con Europa occidental (Skocpol y Williamson, 2018). Sin embargo, sus activistas se enfocaron en las políticas económicas que creyeron insensatas e incluso inconstitucionales.

La actividad del Tea Party durante las elecciones de 2010 tuvo dos objetivos: tratar de influir en la selección de candidatos republicanos durante las elecciones primarias de ese partido; y apoyar a los republicanos favoritos en las elecciones generales de noviembre. Varios candidatos del movimiento fueron derrotados; no obstante, en múltiples casos, los aspirantes del Tea Party en las primarias lograron destronar a miembros en el cargo, humillando en el proceso a los líderes nacionales del partido (Alexander, 2011). En Colorado, Nevada y Delaware, los miembros del Tea Party ayudaron a proponer al Senado candidatos cuyas opiniones los colocaban en una posición desventajosa para las elecciones generales. Los tres perdieron en noviembre.

Sin embargo, una parte importante de los republicanos celebró contar con los votos y el entusiasmo que el Tea Party trajo al partido. El movimiento fue responsable de una parte notable del margen de la victoria republicana en

noviembre. El partido casi ganó el control del Senado. Obtuvo 63 escaños de la Cámara, logrando así su control. Consiguió una cantidad considerable de cargos de gobernadores y cientos de escaños en legislaturas estatales, lo cual les concedió más influencia en los gobiernos estatales que en ningún otro momento desde los años veinte (Alexander, 2011).

Muchos demócratas se convirtieron en sus críticos del movimiento una vez estuvo claro que este aspiraba a frenar sus proyectos legislativos. Los medios de comunicación, los funcionarios demócratas y los comentaristas progresistas calificaron de forma sistemática a los miembros del Tea Party como extremistas peligrosos incitados por la intolerancia contra los afroamericanos y otras minorías que, a su juicio, se beneficiaban de forma desproporcionada de los programas gubernamentales. Varias encuestas han mostrado que el Tea Party estuvo fuertemente nutrido por una creciente «división entre la élite y la gente corriente», en términos de ingresos, seguridad laboral, actitudes ante las políticas y el poder (Mudde, 2018). Esto quiere decir que los miembros del Tea Party han estado opuestos al gobierno, los grandes bancos, los grandes sindicatos de sectores públicos y otras entidades de gran envergadura que ellos consideran que han prosperado a expensas de los demás. Esto explicaría por qué los activistas y portavoces del Tea Party han reclamado de manera constante la necesidad de restituir lo que ellos consideraban los términos originales y más descentralizados de la Constitución de los Estados Unidos (Skocpol y Williamson, 2018).

Otra expresión del fenómeno populista de derecha puede hallarse en el movimiento de derecha alternativa o *Alt-Right*. No existe un consenso en cuanto a la definición exacta del término *Alt-Right* pues ha sido usado de disímiles formas por académicos, periodistas, políticos e incluso miembros del mismo movimiento (Rueda, 2021). Es a principios de 2010 cuando empezó a materializarse. Fue en un momento histórico atravesado por dos victorias electorales consecutivas de Barack Obama y en el que no pocos sectores de la derecha estadounidense se radicalizaron en respuesta a lo que percibieron como la hegemonía liberal, tolerante y cosmopolita del primer presidente afroamericano de la historia de Estados Unidos.

A inicios de la era Obama, los *millennials* hallaron un panorama laboral nada envidiable. Una gran proporción de ellos vio tronchada su entrada al mercado de trabajo, a pesar del enfoque más heterodoxo del presidente en la gestión de la crisis. También padecieron una mezcla de pluriempleo y trabajo precario no correspondiente con sus expectativas vitales y el precio que habían tenido que pagar. Muchos se endeudaron por decenas de miles de dólares en el sistema universitario estadounidense. Aquellos que ni siquiera tenían formación uni-

versitaria se percataron de que el sector industrial había decrecido y que los trabajos del sector de los servicios menos cualificados los ocupaban en condiciones de explotación latinos y afroamericanos (Hawley, 2018).

En ese contexto, una parte de esta generación de jóvenes, desempleados que no recibían educación ni formación profesional comenzó a converger a través de Internet para compartir sus frustraciones, experiencias, odios y reivindicaciones. Para ellos, al contrario que para sus padres o hermanos mayores, el problema no era tanto Obama, sino una sociedad, a su entender, en la cual una élite liberal denunciaba desde los medios de comunicación, las escuelas, institutos y universidades, la situación de vulnerabilidad de mujeres, minorías raciales y sexuales, pero no dedicaba tiempo a las problemáticas de los varones jóvenes blancos (Main, 2018).

Estos *millennials* invirtieron mucho tiempo y recibieron estímulo en las redes sociales e Internet. A través de foros como 4chan, /Pol/ o Reddit, crearon una subcultura de intercambio de ideas, debates y humor virtual. Ninguna de estas páginas era de extrema derecha, sino simples foros de Internet y páginas donde compartir imágenes y memes como instrumento de protesta, pues ofrecían un formato visual, ágil y ameno de enunciar ideas políticamente incorrectas (Nieli, 2019). De esta forma, estos jóvenes compartieron sus experiencias y rabia en publicaciones donde predominaron el machismo, el racismo y la homofobia. Algunos circularon estas expresiones machistas y racistas en tono jocoso, otros como síntoma de rebeldía ante lo que vislumbraban como un discurso institucional políticamente correcto. Otros lo hicieron como una vía menos violenta de promocionar sus ideales políticos excluyentes. En lo que coincidieron todos fue que, en estos inicios, la mayoría de sus compañeros de la red no eran conscientes de haber sido partícipes del surgimiento de un nuevo movimiento de extrema derecha. Para ellos sólo era un ejercicio con la doble función de provocar y servir de terapia colectiva virtual. Con el tiempo la parte más lúdica fue redirigida de forma más rotunda a debates más políticos y sociales. De esta manera, surgió el discurso y la ideología Alt-Right a través de los chats y los foros de Internet (Main, 2018).

Algo interesante es que varios de sus exponentes también pertenecen a empresas basadas en las tecnologías de la información y la comunicación, y las empresas tecnológicas, las cuales se tornaron su campo de acción gracias a la desregulación del ciberespacio. Su elitismo dentro del movimiento viene dado por tratarse de los sectores más privilegiados dentro de la pirámide económica en la nueva era del capitalismo del conocimiento. Así, se pudo ver a varios representantes de distintos orígenes estadales, clase, gremios, generaciones, exigir la recuperación de un estatus privilegiado que consideraban que les

pertenecía por derecho natural, por su condición de blancos y estadounidenses. En todos los casos se detectó una clara postura conservadora y nativista (Sánchez Savín y Fernández Hernández, 2024).

La Alt-Right se ha adscrito a la idea pseudocientífica del racismo biológico y ha favorecido una forma de política identitaria a favor de la población blanca a nivel global (Rueda, 2021). De naturaleza anti igualitaria, se ha opuesto tanto al ala conservadora como a la liberal del *establishment* político estadounidense. Muchos de sus miembros deseaban reemplazar a Estados Unidos por un etnoestado blanco (Nieli, 2019). Sus seguidores han adoptado actitudes supremacistas blancas, antisemitas, antifeministas e islamóforas (Main, 2018). Los miembros de la Alt-Right han sido en su mayoría hombres blancos. Se vieron atraídos al movimiento por el deterioro del nivel de vida, las pocas perspectivas de mejoría, la ansiedad por el rol social de la masculinidad blanca y la furia hacia las formas de política identitaria de izquierda y no blanca, como el feminismo y Black Lives Matter. El movimiento también ha contribuido a la radicalización de hombres autores de diversos asesinatos y atentados terroristas en Estados Unidos desde 2014. Varios críticos han asegurado que el término Alt-Right no es más que una nueva imagen del supremacismo blanco (Hawley, 2018; Rueda, 2021).

La Alt-Right tomó inspiración de varias corrientes de pensamiento de derecha. Una de las más notables fue la Nouvelle Droite, un movimiento de extrema derecha que surgió en Francia durante la década del 60 del siglo XX y luego se extendió por otras partes de Europa. Muchos *alt-righters* adoptaron las posiciones y criterios de la Nouvelle Droite referentes a la búsqueda de un cambio cultural a largo plazo a través de estrategias «metapolíticas» (Bar-On, 2013). Por ende, compartió semejanzas con el identitarismo europeo. La Alt-Right también mostró paralelismos con el movimiento paleoconservador originado en Estados Unidos durante la década de 1980 (Bartee, 2019). Ambos se opusieron al neoconservadurismo y tuvieron visiones similares sobre limitar la inmigración y apoyar una política exterior nacionalista. Sin embargo, a diferencia de la Alt-Right, los paleoconservadores tenían un vínculo cercano con el cristianismo y no querían destruir el movimiento conservador, sino reformarlo (Drolet y Williams, 2019). Es válido destacar que ciertos paleoconservadores sí se aproximaron al nacionalismo blanco.

También hubo conexiones entre el movimiento libertario estadounidense y la Alt-Right, a pesar de la crítica de los primeros hacia la política de identidad y el colectivismo (Main, 2018). Muchos *alt-righters* de alto rango se consideraban libertarios. El teórico de derecha Murray Rothbard ha sido citado como un punto de unión entre los dos movimientos debido a sus posturas

anti-igualitarias y su respaldo a las ideas sobre los diferentes niveles de coeficiente intelectual entre los grupos raciales (Rueda, 2021). También se ha citado a la Ilustración Oscura, o movimiento neo-reaccionario, en conexión con la Alt-Right. Este movimiento surgió también de forma *online* en la década de 2000 y persiguió un mensaje anti-igualitarista. Sin embargo, la Ilustración Oscura no era nacionalista blanca (Rueda, 2021).

A pesar de tratarse de fenómenos distintos, el Tea Party y la Alt-Right se articularon dentro del populismo de derecha en Estados Unidos. Las décadas iniciales del siglo XXI enmarcaron una crisis estructural del capitalismo estadounidense que se expresó en todos los ámbitos. La magnitud de la misma es una expresión del desarrollo del período de transición analizado en epígrafes anteriores, el cual fue resultado de las transformaciones que se acumularon desde el siglo anterior, donde se produjeron ajustes estructurales como parte del proceso de adaptación del *complexus* cultural estadounidense. La emergencia y auge del Tea Party y la Alt-Right, como nuevas y distintas manifestaciones del populismo de derecha, se ajustaron a estas circunstancias y coyunturas históricas. Ambos canalizaron malestares económicos, identitarios y culturales que emanaron de las transformaciones estructurales del *complexus* cultural estadounidense en un contexto de crisis política que condujo a la fractura de los consensos y la deslegitimación de las instituciones.

La emergencia del trumpismo

La continuidad de la oleada de populismo de derecha se expresó en el éxito electoral, en dos ocasiones, de Donald Trump, así como en lo que se ha catalogado como trumpismo. Este término ha entrañado un problema conceptual desde su surgimiento. Para los propósitos de este artículo, el trumpismo no debe ser considerado como una ideología política original. Más bien se trata de una forma específica de personalismo o variante de extrema derecha que capitalizó los movimientos que le precedieron y que contiene un reciclaje del discurso y prácticas de la derecha estadounidense desarrollados desde el siglo pasado, ajustándolo a un contexto diferente. Consiste en una manifestación evidente de populismo de derecha pues ha adoptado posiciones nativistas, supremacistas, racistas, xenófobas, restrictivas hacia la inmigración y ultra-conservadoras. Además, su estrategia discursiva se sustenta en el antagonismo y en crear una división social dentro de los Estados Unidos a partir de determinar quiénes son verdaderos estadounidenses o patriotas y quiénes no lo son; estos últimos, según el trumpismo, no pertenecen en ese país y deben ser expulsados.

En torno a este personalismo se ha articulado un movimiento compuesto por un vasto grupo de individuos. Estas personas pueden clasificarse dentro de la categoría de perdedores de la globalización; sin embargo, sería correcto y más completo agregar también que pueden definirse como perdedores de la transición. Con la nueva era del capitalismo, como se discutió con anterioridad, el *complexus* cultural estadounidense experimentó profundos cambios. La desindustrialización, desigualdad creciente, precarización laboral, pérdida de ingresos y el declive de la clase media, como expresiones de este período de transición, constituyeron elementos que trastornaron la vida de millones de estadounidenses.

Todo lo anterior conllevó a un deterioro de los status sociales y una pérdida de confianza y credibilidad en el funcionamiento de las instituciones que organizan a la sociedad por parte de los ciudadanos pues creó nuevas frustraciones que no se resolvieron dentro de los marcos de consolidación del capitalismo del conocimiento. Sus posturas se radicalizaron y orientaron su apoyo hacia una alternativa que se presentó en un contexto de crisis como la respuesta a los problemas que los angustiaban. El trumpismo, por tanto, funcionó como articulación política de los malestares generados por la transición al capitalismo del conocimiento. Por último, capitalizó y extendió en gran medida la movilización iniciada por el Tea Party y la Alt-Right, para así lograr el control del polo conservador del tradicional binomio político estadounidense.

Desde el anuncio oficial de su postulación como pre-candidato a la presidencia por el Partido Republicano, Donald Trump dejó claros cuáles serían los términos en los que se desarrollaría su incursión en la arena política estadounidense: el antagonismo iba a ser el punto cardinal de su narrativa política. Su discurso se especializó en el empleo de un lenguaje simple, las ejemplificaciones hiperbólicas y un considerable componente emocional (Pierobon, 2021). En el que fue seleccionado como su principal slogan de campaña, «Make America Great Again» se sintetizó el espíritu de la convocatoria política de Trump. Era una exaltación nostálgica de un pasado glorioso de los Estados Unidos que contrastaría con un presente de decadencia. Su discurso presentó un país en ruinas necesitado de un liderazgo fuerte que lo volviese a poner en pie: «El sueño americano está muerto. Pero si gano lo construiré de nuevo, más grande y mejor que nunca antes. Nosotros vamos a hacer a Estados Unidos grande de vuelta». (Donald Trump, Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano, 16 de junio de 2015).

A quienes Trump identificó como actores culpables de la situación en la que se encontraba el pueblo estadounidense eran la élite política y económica; los principales medios de comunicación del país; los inmigrantes; otros Estados,

en particular China (Coles, 2017). Una característica que define al populismo es la de fraccionar a la sociedad en dos campos homogéneos y antagónicos, de un lado una élite corrupta y del otro el pueblo puro (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). Esta contraposición se hizo patente en el discurso de Donald Trump de forma reiterada:

«Nunca podremos arreglar un sistema manipulado contando con las mismas personas que lo manipularon en primer lugar. Los insiders escribieron las reglas del juego para poder mantener el poder y el dinero (...) No es solo el sistema político el que está manipulado, es toda la economía. Está manipulado por grandes donantes que quieren mantener bajos los salarios. Está manipulado por grandes empresas que quieren salir de nuestro país, despedir a nuestros trabajadores y vender sus productos de nuevo en los Estados Unidos sin ninguna consecuencia para ellos. Está manipulado por burócratas que están atrapando a los niños en las escuelas que fracasan. Está amañado contra ustedes, el pueblo estadounidense». (Donald Trump, Discurso en Nueva York, 22 de junio de 2016).

En este fragmento se aprecia como Trump denunció de manera explícita al *establishment* político y económico de manipular el sistema en su favor y en detrimento de los intereses del pueblo estadounidense. De esta manera presentó la idea de que el cambio que necesitan los ciudadanos de Estados Unidos no podía venir desde dentro del sistema. No podían ser los políticos tradicionales, quienes según él eran una élite corrupta que se oponía a los intereses del pueblo. Para arreglar el sistema, de acuerdo a su visión, era necesario alguien que viniese de afuera, un *outsider*, como él mismo. Alguien que no tuviese compromisos con ese sistema manipulado.⁵

En ese mismo discurso, en alusión al día de las elecciones presidenciales, Trump volvió a hacer énfasis en el antagonismo entre una élite política traidora y el pueblo en los siguientes términos: «En noviembre, el pueblo estadounidense tendrá la oportunidad de emitir un veredicto sobre los políticos que sacrificaron su seguridad, traicionaron su prosperidad y vendieron su país». (Donald Trump, Discurso en Nueva York, 22 de junio de 2016).

Al respecto del plano de la política exterior, Trump presentó a China como su principal rival. Esto fue parte de un enfoque general en el que se impugnó a la globalización económica y sus ramificaciones para el pueblo estadounidense. Así se refirió a las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Chi-

⁵ En esta parte del trabajo estoy abordando los contenidos del discurso de Trump y la imagen que proyectó. La autenticidad y sinceridad del mismo no son objeto de la discusión.

na durante el discurso en el que hizo oficial su candidatura a la interna del Partido Republicano: «Nuestro país tiene un serio problema, ya no tenemos victorias. ¿Cuándo fue la última vez que alguien nos vio ganar a China en un tratado comercial? Nos asesinan». (Donald Trump, Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano, 16 de junio de 2015).

Fue en el orden económico especialmente donde Trump concentró sus críticas a las relaciones con China. La relocalización de empresas estadounidenses para fabricar sus productos en Asia, con la consecuente pérdida de empleos, o las inestabilidades en la balanza comercial con la potencia asiática fueron algunas de las razones empleadas por Trump para respaldar su postura combativa frente a China (Coles, 2017). Todo esto se pudo observar en el siguiente fragmento de uno de sus discursos:

«Mucha gente allí no puede conseguir trabajo. No pueden conseguir trabajo, porque no hay trabajo, porque China tiene nuestros trabajos. Nuestro déficit comercial con China se disparó un 40% durante el tiempo de Hillary Clinton como secretaria de Estado, una actuación vergonzosa por la que no se la debe felicitar, sino más bien desdeñar. Hillary Clinton le dio a China millones de nuestros mejores trabajos y, efectivamente, permitió que China se reconstruyera por completo». (Donald Trump, Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano, 16 de junio de 2015).

Este enfrentamiento con China se debe entender en el marco del desafío que ha significado para el liderazgo global de los Estados Unidos su ascenso acelerado en las últimas décadas. Para Trump la globalización ha sido favorable para el gigante asiático y ha afectado a Estados Unidos. Desde la década de 1980 la globalización neoliberal tuvo como su principal promotor a Estados Unidos y sus sucesivos gobiernos (Gerstle, 2022). Trump refutó ese mandato por medio de divulgar durante su campaña un cambio de esa línea.

Buscó de esta manera ser la representación política de los cada vez más amplios sectores sociales que se reconocieron como perdedores de la globalización. Lo hizo a través del empleo en su discurso una retórica fuertemente nacionalista. China no sólo fue destino de la industria deslocalizada, sino que además logró desarrollar su sector del conocimiento hasta el punto de ser actualmente la economía más dinámica del mundo también en ese aspecto. Todo esto es parte del proceso de evolución del capitalismo del conocimiento.

A propósito de todas estas cuestiones, debe surgir la pregunta: ¿cuál es el «pueblo» que construyó Trump a través de sus operaciones discursivas? En principio se debe decir que su conceptualización de pueblo se cimentó a partir de dos dimensiones: una económica y otra étnico-cultural.

Trump persiguió encauzar el disgusto por la fluctuación económica y la aversión cada vez más en aumento hacia las instituciones políticas, como el Congreso, el Senado e incluso el Partido Demócrata, de un porcentaje significativo de la sociedad estadounidense. No se circunscribió a dirigirse sólo al votante tradicional del Partido Republicano, sino que buscó también interpelar a una parte de la base electoral de los demócratas, sobre todo a la clase obrera industrial blanca, uno de los sectores más vapuleados por la transformación del capitalismo estadounidense en el proceso de transición hacia el capitalismo del conocimiento.

Con respecto a la dimensión étnico-cultural, el núcleo ideológico del trumpismo, como el de otros movimientos populistas de derecha, está enraizado en el nativismo. La idea de que el pueblo estadounidense está compuesto a partir de una determinada identidad étnico-cultural que se encontraba amenazada y debía ser resguardada es un elemento que ha estado presente en su discurso. De manera más visible en ocasiones, como cuando dijo que sólo quería recibir a personas que apoyaran los valores estadounidenses o cuando declaró que se oponía a recibir refugiados sin forma de determinar quiénes son o en qué creen, y otras veces de una forma más implícita (Fabelo Concepción y Rodríguez Soler, 2021).

Cuando Trump declaró a quienes se encargaría de priorizar durante su administración, los que etiquetó como los favorecidos de sus políticas gubernamentales, se refirió en general a los ciudadanos estadounidenses, los trabajadores estadounidenses y las comunidades estadounidenses. Esto se pudo apreciar en los siguientes fragmentos de dos discursos diferentes, uno durante la campaña presidencial y el otro ya como presidente durante una alocución en el congreso:

«El 20 de enero de 2017, el día en que preste juramento, los estadounidenses finalmente se despertarán en un país donde se hacen cumplir las leyes de los Estados Unidos. Seremos considerados y compasivos con todos. Pero mi mayor compasión será por nuestros propios ciudadanos que sufren». (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016).

«Como presidente de Estados Unidos, mi mayor lealtad, mi mayor compasión, y mi constante preocupación van dirigidos a los niños estadounidenses, a los trabajadores estadounidenses que pasan apuros, y a las comunidades olvidadas de Estados Unidos». (Donald Trump, Discurso del estado de la unión, 30 de enero de 2018).

La dimensión étnico-cultural le planteó límites formales al vacío de los significantes que componen el «pueblo» del discurso de Trump. Como explicó Laclau en el caso de la mayoría de los populismos clásicos lo que existía era una construcción de una frontera interna en una sociedad determinada, pero en los populismos que tienen componentes nativistas (los clasifica como etno-populismos), el «otro» es externo a la comunidad, no interno (Laclau, 2004). Por tanto, se tiene un discurso que, a partir de un principio de carácter étnico-cultural, se dedica a tratar de instaurar los límites mismos de la comunidad política.

Este principio implanta cuáles son las demandas que pueden ser articuladas e insertadas dentro de la cadena equivalencial y cuáles quedarán excluidas de antemano. Esto limita las posibilidades de pluralismo en esa articulación. En consecuencia, se da como resultado un «pueblo» étnica y culturalmente homogéneo. Las minorías quedan restringidas a una posición de marginalidad en el espacio comunitario.

Trump también enfocó sus esfuerzos en fomentar el crecimiento de las pequeñas empresas, a las cuales calificó como la verdadera columna vertebral de la economía estadounidense. Su proyecto se basó en una reforma radical de la política del establishment y en la creación de un Estados Unidos que no se deje estafar por competidores extranjeros. Su ideología enfatizó el *laissez-faire* y las reformas económicas conservadoras que, según él, impulsarían la economía estadounidense (Coles, 2017).

Trump se presentó como un defensor del aislacionismo y de una retirada sustancial de la economía globalizada. Esta fue una de las bases de su plataforma (Pierobon, 2021). Declaró que negociaría acuerdos comerciales justos que generarían empleos estadounidenses, aumentarían los salarios y reducirían el déficit de los Estados Unidos. De esta forma Trump se mostró como el defensor de los trabajadores y empresarios estadounidenses. Este discurso caló hondo pues muchos estaban convencidos de que Donald Trump era famoso por su perspicacia empresarial y, por tanto, conocía bien la economía estadounidense como para que este plan fuese sólido.

Con respecto a reformar el código tributario, Donald Trump pretendió eliminar el Impuesto a las Sucesiones y ofrecer deducciones superiores a la línea para los hijos menores de 13 años. Sin embargo, quizás lo más popular de su plan fiscal fue su enfoque para el impuesto sobre la renta empresarial: anunció que limitaría el impuesto de sociedades al 15%, una tasa ampliamente inferior a la que existía, lo cual permitiría gravar a las empresas a una tasa cercana del 35% (Trump Tax Reform, 2017). Los pequeños empresarios percibieron que el nuevo plan fiscal de Trump los beneficiaría. La mayoría de

estos coincidió en que la reducción de impuestos favorecería el crecimiento de las pequeñas empresas.

Donald Trump anunció que impondría una moratoria a las nuevas regulaciones de agencias que consideraba innecesarias. Declaró que las políticas regulatorias de la administración Obama le costaron millones de dólares al pueblo estadounidense. En un esfuerzo por atraer a los pequeños empresarios, dijo que eliminaría programas y organizaciones que, en su opinión, desperdiciaban fondos; entre ellos se encontraban la Agencia de Protección Ambiental, las Naciones Unidas y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (Pierobon, 2021). También anunció planes para eliminar la burocracia de las empresas a nivel nacional, lo cual, según él, facilitaría la vida de los pequeños empresarios.

A los pequeños empresarios también les atrajo la idea de que Trump lucharía por aumentar los aranceles pues muchos sufrieron las consecuencias de competir con empresas extranjeras, las cuales percibieron como respaldadas por las políticas económicas de anteriores gobiernos. Los propietarios de pequeños negocios vieron en Trump a alguien como ellos: transaccional, motivado por las ganancias, impaciente con los trabajadores que no se esfuerzan y crítico con la burocracia que obstaculiza la productividad. Anteriores presidentes fueron políticos de carrera. Trump es un hombre de negocios y así asume todas sus operaciones.

Estos son los núcleos de la narrativa política de Trump. Por medio de un diagnóstico que posicionaba a Estados Unidos como una nación en ruinas, denunció luego a los responsables de haber conducido al país a esa situación. Implantó así una barrera dicotómica que divide un nosotros/pueblo, el cual construyó a partir de las dimensiones que se aludieron buscando articular una serie de demandas híbridas, de un ellos/élite integrado por enemigos externos y traidores internos.

Trump se presentó a sí mismo como el único capaz de sacar a Estados Unidos de ese escenario ruinoso y devolverle su pasado de gloria. Según su estrategia discursiva, él era el único que podía descifrar y representar la voluntad de ese pueblo olvidado y arruinado por un establishment que durante largos años usurpó las instituciones democráticas para administrarlas sólo en su propio beneficio.

En su discurso, enfatizó en el declive de la clase trabajadora estadounidense del cual culpó a la deslocalización de las empresas hacia otras regiones del planeta donde se estaba llevando a cabo el grueso del proceso productivo. Incidió en el supuesto rol de China en el deterioro industrial de Estados Unidos lo cual, según Trump, condujo al empobrecimiento de las condiciones socio-

económicas de la población, manifestado en el aumento del desempleo y la notable desigualdad de ingresos existente en ese país. Trump responsabilizó de todo esto a unas élite e instituciones políticas que no actuaban en beneficio del pueblo cuando, en la práctica, esos elementos son claros signos de un proceso de transición del sistema capitalista.

Conclusiones

Las décadas iniciales del siglo XXI enmarcaron una crisis estructural del capitalismo estadounidense. Un evento de esta magnitud permitió identificar el desarrollo de un período de transición, resultado de las transformaciones que se acumularon desde el siglo anterior, en el cual se produjeron ajustes estructurales como parte del proceso de adaptación del *complexus* cultural estadounidense. Esos significativos cambios se expresaron en todas las dimensiones, por medio de la formación de la economía basada en el conocimiento, la deslocalización industrial, la automatización, el declive de la clase obrera industrial, presiones sobre los pequeños negocios, y en general la decadencia de la clase media y el aumento de la desigualdad. Los procesos políticos desarrollados en Estados Unidos durante los años transcurridos desde el comienzo del siglo XXI, como la intensificación del populismo de derecha, específicamente el trumpismo, pueden y deben ser entendidos dentro de estos marcos.

Los populismos de derecha surgidos en este período fueron una manifestación de la crisis sistémica y las contradicciones concomitantes. Expresaron la acumulación de problemas generados por los cambios estructurales, el declive de los empleos tradicionales, la amenaza percibida por sectores de la pequeña burguesía ante la transformación y la emergencia de nuevas empresas gigantes que centralizan el capital, unidos a fenómenos culturales de larga data que vuelven a salir a la luz en ese contexto, como el racismo, el género y el nacionalismo. Representaron una de las respuestas a las nuevas demandas irresueltas durante la transición hacia la nueva era del capitalismo. El trumpismo fue manifestación clara de esto.

Trump articuló en su discurso, en primer lugar, las demandas sociales de sectores que se vieron afectados por la transición al capitalismo del conocimiento. En sus intervenciones públicas hizo alusión de forma reiterada a los trabajadores industriales desempleados y las comunidades olvidadas, dígame los habitantes del Estados Unidos lejano a las costas, otrora corazón industrial del país. En segundo lugar, en el plano cultural, su discurso recogió las demandas de los sectores más conservadores de la sociedad estadounidense. En particular los estadounidenses blancos. Este sector interpretó que sus posiciones de privilegio se vieron amenazadas y sintieron en peligro su identi-

dad, tanto por el ascenso de minorías étnicas, como por los cambios culturales introducidos por el feminismo y las diversidades sexuales en las últimas décadas. En realidad, estos problemas que percibieron se originaron por las dinámicas propias del capitalismo contemporáneo.

El otro lado de la frontera del discurso de Trump lo integró una mezcla de enemigos externos y traidores internos. Los inmigrantes, latinos, musulmanes y otros Estados, con énfasis en China como potencia mundial rival, eran los enemigos externos que señaló. Fueron presentados de disímiles formas como una amenaza para el estilo de vida estadounidense. Los miembros de la élite política y económica, por su parte, fueron etiquetados como traidores internos. También, en un segundo plano, los principales medios de comunicación. Estos fueron catalogados como los responsables de haber manipulado al sistema en contra de los intereses del pueblo estadounidense.

El mito unificador que le dio empuje a la propuesta política de Trump se resumió en la promesa de restituir el sueño americano. Su convocatoria a hacer Estados Unidos grande de nuevo adquirió forma a través de una retórica con fuerte signo nacionalista y proteccionista en lo económico con eje en una propuesta genérica de reindustrialización del país y una política exterior aislacionista que se abrevió en la consigna «America First». En la práctica, eso es un mito que idealiza al Estados Unidos de la era industrial y constituye una de las manifestaciones más evidentes de la conexión entre la transición del capitalismo estadounidense y la emergencia de este tipo de populismo.

Referencias

- Albert, M. (1993). *Capitalism against capitalism*. Londres: Whurr Publishers Ltd.
- Alexander, G. (2011). El Fenómeno «Tea Party». *Cuadernos de Pensamiento Político*
- Algan, Y., Beasley, E., Cohen, D., y Foucault, M. (2019). *Les Origines du populisme. Enquête sur un schisme politique et social*. Éditions du Seuil, La République des Idées.
- Arrighi, G. (1994). *El largo siglo XX: dinero, poder y los orígenes de nuestra época*. Londres: Verso.
- Arrighi, G. y Silver, B. (1999). *Chaos and Governance in the Modern World System*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Arundel, R., & Hochstenbach, C. (2020). Divided access and the spatial polarization of housing wealth. *Urban Geography*, 41(4), 497–523.
- Autor, D. H., y Dorn, D. (2013). The Growth of Low Skills Service Jobs and the Polarization of the US Labor Market. *American Economic Review*. 103(5),1553-1597
- Baccini, L., y Sattler, T. (2024). Austerity, Economic Vulnerability, and Populism. *American Journal of Political Science*, 1-17.
- Bacevich, A. (2009). *The Limits of Power. The End of American Exceptionalism*. American Empire Project.
- Barnett, T. (2020). *Great Powers: America and the World After Bush*. Nueva York: Berkley
- Bar-On, T. (2013). *Rethinking the French New Right. Alternatives to modernity*. Nueva York: Routledge.
- Barry, J. (2011). Knowledge as Power, Knowledge as Capital: A Political Economy Critique of Modern Academic Capitalism. *Irish Review*, N°43
- Bartee, S. (2019). Paul Gottfried and Paleoconservatism. M. Sedgwick (ed.) *Key Thinkers of the Radical Right: Behind the New Threat to Liberal Democracy* (pp. 102- 121). Oxford: Oxford University Press.
- Beckert, S. y Desan, C. (2018). *American Capitalism: New Histories*. Nueva York: Columbia University Press.
- Behling, F., Ciccía, R., Ó Riain, S. y Flaherty, E. (2015): *The Changing Worlds and Workplaces of Capitalism*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Bell, D. (1999). *The Coming of Post-industrial Society. A Venture in Social Forecasting*. Nueva York: Basic Books.
- Berlet, Ch. (2019). *Trumping Democracy from Reagan to the Alt-Right*. Nueva York: Routledge.
- Brands, H.W. (2010). *American Dreams: The United States Since 1945*. Nueva York: Penguin Press.
- Bureau of Economic Analysis. (2017). *Value Added by Industry as a Percentage of Gross Do-*

mestic Product. <https://bea.gov/iTable/iTable.cfm?ReqID=51&step=1#reqid=51&step=51&isuri=1&5101=1&5114=a&5113=22r&5112=1&5111=1997&5102=5>

Bureau of Labor Statistics. (2009). Consumer Spending and U.S. Unemployment from the 2007-2009. Recession through 2022. <https://www.bls.gov/opub/mlr/2014/article/consumer-spending-and-us-unemployment-from-the-2007-2009-recession-through-2022.htm>

Bureau of Labor Statistics. (2016a). *Labor Force Statistics from the Current Population Survey*. <https://data.bls.gov/timeseries/LNS14000000>

Bureau of Labor Statistics. (2016b). *Entrepreneurship and the U.S. Economy*. <https://www.bls.gov/bdm/entrepreneurship/entrepreneurship.htm>

Bureau of Labor Statistics. (2021a). *Civilian labor force participation rate*. <https://www.bls.gov/charts/employment-situation/civilian-labor-force-participation-rate.htm>

Bureau of Labor Statistics. (2021b). *The Employment Situation*. <https://www.bls.gov/news.release/empsit.tov.htm>

Burton-Jones, A. (2003). Knowledge Capitalism: the new learning economy. *Policy Futures in Education*, N°1, Vol. 1.

Canovan, M. (1981). *Populism*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

Coles, T.J. (2017). *President Trump, Inc. How Big Business and Neoliberalism Empower Populism and the Far-Right*. Reino Unido: Clairview Books Ltd.

Davis, G. F. (2016). *The Vanishing American Corporation. Navigating the Hazards of a New Economy*. Oakland: Berrett-Koehler Publishers, Inc.

Diehl, P. y Bargetz, B. (2024). *The Complexity of Populism. New Approaches and Methods*. Nueva York: Routledge

Domínguez López, E. (2022): Capitalismo del conocimiento. Transición y contradicciones políticas en los Estados Unidos del siglo XXI. *Revista Universidad de La Habana*, N°294.

Domínguez López, E. (2025). Cultural Complexus and Evolution: Conceptual Contributions to a General Theory of Historical Evolution. *Evolution Yearbook: Demographic and Political Risks*, pp. 170-189.

Domínguez López, E. y Barrera Rodríguez, S. (2024). Políticas públicas, capitalismo del conocimiento y empresa en Estados Unidos: el declive de la corporación clásica. *Revista de Gestión Pública*, Volumen XIII, N°1, pp. 79-110.

Dorn, D., Schmieder, J. F., Spletzer, J. R. (2018). «Domestic Outsourcing in the United States». US Department of Labor Technical Report. <https://www.dol.gov/sites/dolgov/files/OASP/legacy/files/Domestic-Outsourcing-in-the-United-States>

Drolet, J.F. y Williams, M. (2019). America First: Paleoconservatism and the Ideological Struggle for the American Right. *Journal of Political Ideologies*, 25(1), 1-29.

Drucker, P. F. (1969). *The Age of Discontinuity. Guidelines to our Changing Society*. Londres: William Heinemann Ltd.

- Fabelo Concepción, S. y Rodríguez Soler, A. (2021). El populismo como estilo comunicativo. El caso de Estados Unidos de América durante la administración de Donald Trump (2016-2020). *Cuadernos de Nuestra América*, Nueva Época, N°1.
- Gascón Muro, P. (2008). La economía del conocimiento o la reinención del capitalismo. *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, N°17.
- Gerstle, G. (2022). *The Rise and Fall of the Neoliberal Order. America and the World in the Free Market Era*. Oxford: Oxford University Press.
- Gilens, M., & Page, B. I. (2014). Testing theories of American politics: Elites, interest grow and average citizen. *Perspectives on Politics*, 12(3), 564–581.
- Gordon, R. J. (2016). *The rise and fall of American growth: The U.S. standard of living since the Civil War*. Princeton: Princeton University Press
- Hawley, G. (2018). *Making Sense of the Alt-Right*. Nueva York: Columbia University Press.
- Hodgson, G. M. (2015). *Conceptualizing Capitalism. Institutions, Evolution, Future*. Chicago: University of Chicago Press.
- Illich, I. (1975). *Tools for Conviviality*. Glasgow: Fontana/Collins
- Isoglio, A. (2021). La economía basada en el conocimiento: discusiones conceptuales sobre los cambios ocurridos a escala global desde la década de 1970. *Investigación y desarrollo*, N°2, Vol. 19.
- Kumkar, N. C. (2018). *The Tea Party, Occupy Wall Street, and the Great Recession*. Palgrave MacMillan.
- Laclau, E. (2004). *La Razón Populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Main, Thomas (2018). *The Rise of the Alt-Right*. Brookings Institution Press.
- Mudde, C. (2007). *Populist radical right parties in Europe*. Cambridge University Press.
- Mudde, C. (2018). *The Far Right in America*. Nueva York: Routledge.
- Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Murphy, P. (2005). Knowledge Capitalism. *Thesis Eleven*, N°81.
- National Health Expenditure Accounts. (2018) <https://www.cms.gov/Research-Statistics-Data-and-Systems/Rstatistics-Trends-Reports/NationalHealthExpendData>
- Nieli, Russell (2019). Jared Taylor and White Identity. M. Sedgwick (ed.), *Key Thinkers of the Radical Right: Behind the New Threat to Liberal Democracy* (pp. 137- 155). Oxford: Oxford University Press.
- Noury, A., y Roland, G. (2020). Identity Politics and Populism in Europe. *Annual Review of Political Science*, 23, 421–439.
- Ordóñez, S. (2006). Capitalismo del conocimiento: elementos teóricos-históricos. *Economía Informa*, N°338.

- Pierobon, M. L. (2021). *Populismos de Derecha en Europa y Estados Unidos, la construcción de una derecha antiestablishment*. Argentina: Universidad Nacional de Cuyo.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Londres: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Rueda, D. (2021). Los fundamentos ideológicos de la Alt-Right: del paleoconservadurismo a la fascistización. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, N°21, Vol. 2.
- Sanabria Gómez, S. A. (2011). Capitalismo del conocimiento y desigualdad económica entre países. *Revista Logos, Ciencia & Tecnología*, N°2, Vol. 2.
- Sánchez Ramírez, C. M. (2013). La dimensión temporal cíclica del capitalismo y los determinantes del capitalismo del conocimiento marxista-gramsciano y neoshumpe-teriano. *Eseconomía Revista de estudios económicos*, N°38, Vol. 8.
- Sánchez Savín, C. y Fernández Hernández, C. (2024): «Expresiones del populismo de derecha en los Estados Unidos de América. Período 1ro. de enero de 2008-6 de enero de 2021», en Rodríguez Soler, A. (edit.): *Populismos de Derechas. Reciclaje del discurso, Nuevos actores políticos y apropiación de significados históricos*. Panamá: Ruth Casa Editorial,
- Skocpol, T. y Williamson, V. (2013). *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*. Oxford: Oxford University Press.
- Stehr, N. (2022). *Knowledge Capitalism*. Nueva York: Routledge.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Reino Unido: Open University Press.
- Touraine, A. (1971). *The Post-Industrial Society. Tomorrow's Social History: Classes, Conflicts and Culture in the Programmed Society*. New York: Random House.
- Trump, D. (2015, 16 de junio). Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano. Recuperado de: Time Magazine <https://time.com/3923128/donald-trump-announcement-speech/>
- Trump, D. (2016, 22 de junio). Discurso en Nueva York. Recuperado de: Politico <https://www.politico.com/story/2016/06/transcript-trump-speech-on-the-stakes-of-the-election-224654>
- Trump, D. (2016, 21 de Julio). Convención del Partido Republicano. Recuperado de: Politico <https://www.politico.com/story/2016/07/full-transcript-donald-trump-nomination-acceptance-speech-at-rnc-225974>
- Trump, D. (2018, 30 de enero). Discurso del estado de la unión. Recuperado de: Politico <https://www.politico.com/story/2018/01/30/trump-state-of-the-union-2018-transcript-full-text-379363>
- Trump Tax Reform. (2017). <https://expattaxprofessionals.com/resources/trump-tax-reform>
- Van Hauwaert, S. M., y Van Kessel, S. (2018). Beyond protest and discontent: A cross-national analysis of the effect of populist attitudes and issue positions on populist

party support. *European Journal of Political Research*, 57(1), 68–92.

Vasapollo, L. y Arriola, J. (2010). *¿Crisis o Big Bang? La crisis sistémica del capital ¿qué, cómo y para quién?* La Habana: Ciencias Sociales.

World Inequality Database. https://wid.world/data/#countriestimeseries/sptinc_p99p100_z/FR;DE;CN;ZA;WO;US/1930/2019/eu/k/p/yearly/s